

Cachitos de naufragio en historias para desarrollar

Lula Meani nieta de Carlo Meani rescató unos revestimientos de cocina en uno de sus buceos por los restos del Foliás.



El Foliás era un barco pesquero de bandera argentina de la empresa Pérez Companc, construido en el año 1967 en Vigo, España. Según cuenta Francisco "Pancho" Sanabra en su libro "Naufragios y algo más", el Foliás se incendió en alta mar a finales de diciembre de 1980 y fue remolcado a Puerto Madryn por el pesquero Lapataia. La prefectura le prohibió el acceso al muelle **Alte. Storni** por razones de seguridad, por lo que el barco quedó al garete, y el viento no tardó en hacerlo encallar en Playa Paraná. La marea siguiente subió mucho y, como no se tomó ninguna medida de contención, el barco volvió al mar. Como se había llenado de agua, el Foliás se escoró y terminó hundiéndose a menos de doscientos metros de la costa. En el naufragio no hubo que lamentar víctimas, solo la pérdida de la embarcación.

Entonces Lula colocó esos restos del Foliás en esta propiedad que mucho antes, Carlo Meani comprara a Henry James.

Este sector en que había un garaje y un galpón al fondo, formaba parte del lote de 1000 metros cuadrados lindante con Avenida Julia A. Roca y calle Roque Sáenz Peña.



Residencia de *Henry Cecil Haweis James y familia*. Se empezó a construir en 1913, para habitarla en 1914. Luego fue agrandada y reformada, en una terreno de 1000 metros cuadrados frente al mar (Av. *Julio A. Roca y Roque Sáenz Peña, Puerto Madryn, Chubut*). A la derecha, con el escudo arriba, domicilio particular y Consulado Británico; en la esquina, escritorio de *H. James* y oficina de empleados, donde también se atendían agencias marítimas, Aduana, seguros británicos, antisísmicos *Cooper, West Indian*, nafta y kerosén; en el lateral de la esquina que da a *Sáenz Peña* se encontraba el *Banco de Londres y América del Sur*; seguido a ello la galería cubierta, cocina, lavadero, cuarto de servicio y el Jardín (se alcanzan a ver los árboles); contiguo, patio con galpón grande y, finalmente, seguido a este, el garaje y la usina eléctrica.

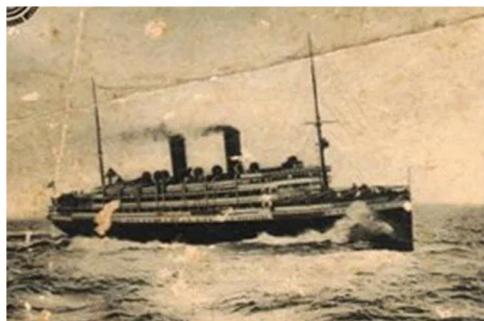
Fuente: familia Maté, e Infografía Pioneros Patagónicos SRL.

Lula supo que mucho antes...

En diciembre de 1927, a 8 mil kilómetros del Mediterráneo, cerca de las costas de Bahía en Brasil, el paquebote doble hélice, el transatlántico *Principessa Mafalda* que cubría el servicio Genova-Buenos Aires con 1261 pasajeros se iba a pique por popa hacia el fondo del mar, junto con 305 pasajeros, ocho tripulantes y el capitán, que se despidió de la superficie al grito de *¡Viva Italia!*

A pesar del naufragio, nadie imaginaba semejante número de muertos. Los barcos de la zona acudieron pronto al pedido de auxilio cuando el buque comenzó a escorarse y lograron rescatar a 938 naufragos. Podrían haber sido más si no fuera porque a bordo reinaba el desconcierto y el caos, entre disparos suicidas y luchas a cuchillo por un salvavidas.

Una parte de la tripulación estaba en otra cosa, como si la anarquía le fuera ajena. Se concentraba en una misión más importante que la vida y que la muerte: debía salvar el oro que recibiría el gobierno argentino de parte de la Italia fascista de Benito Mussolini.



El vapor, que realizaba su travesía número noventa, no estaba bien mantenido ni tenía la juventud de sus años de gloria, tras diecinueve largos e interminables años de servicio, pero nada hacía prever su destino fatal, quizá tan trágico como el que encontraría después la bella princesa de Saboya que le había dado su nombre al buque, cuando, prisionera en el campo de concentración nazi de Buchenwald, durante los años finales de la Segunda Guerra Mundial (1944), fue herida por una bomba aliada; en el hospital le amputaron un brazo y murió tres días después.

El capitán fascista Gulí había intentado en vano evitar que el *Principessa Mafalda* zarpara de Genova, aquel 11 de octubre de 1927 cuando le dijo a su esposa, la princesa: «**Esta vez no quiero irme**»

Uno de lo sobrevivientes del Mafalda fue Carlo Meani, quien tal vez antes de migrar a América dijo:

«**Esta vez quiero irme**»

Lula no conoció a su abuelo Carlo Meani ni aquel Puerto Madryn.



